

NOVELA POPULAR
CINEMATOGRAFICA



Año V
Núm. 220

25 cts.

Protagonistas
Patsy Ruth Miller
y
Johnnie Walker

La Vida de las Fiestas

Novela Popular

Cinematográfica

GIRLS MEN FORGET
1924.

Adaptación literaria de la preciosa
comedia sentimental

La Vida de las Fiestas

interpretación de la preciosa estrella

PATSY RUTH MILLER

Johnnie Walker y Alan Allen



Exclusivas LEMIC, S. A.

Mallorca, 254

BARCELONA



PUBLICACIONES MUNDIAL

BARCELONA — APARTADO 925



PRIMERA PARTE

Todavía era grande para ella la bañera de pájaro en que cada mañana zambullían su cuerpecito de rosas y nácar y ya descubreía Florita Shayne las cualidades que más tarde habían de valerle el título de "La Vida de las Fiestas".

Sus padres y cuantos tenían la dicha de conocerla, lo comentaban como un caso extraño: Florita no sabía llorar. En cambio reír, reía siempre, reía con motivos y sin ellos. Para ella, la risa era una función fisiológica tan necesaria como el comer y el respirar.

A los dos o tres años, sus precocidades eran el asombro de la pequeña ciudad en que vivía; su nombre corría de boca en boca y todos contaban con que andando el tiempo, el encanto del hogar de los Shayne sería una verdadera notabilidad.

Durante su permanencia en el pensionado, fué la alegría de sus compañeras y la desesperación de sus profesoras. Sus travesuras no tenían fin ni cuenta. No cesaba un momento de estudiar... de estudiar la manera de hacer más agradables las horas de recreo, que ¡ay! eran siempre mucho más cortas de lo que ella hubiese querido.

La Vida es un camino, que, más corto o más largo, siempre conduce a la Muerte; hacerla amable a cuantos nos rodean, amezuzándonosla de paso a nosotros mismos, debe ser la primordial preocupación de los mortales.

Esta máxima, no era de Epícuro, ni de ninguno de los famosos sabios de Grecia; pertenecía por entero a Florita que había hecho de ella la norma de su vida y que al salir del pensionado, libre de trabas y cortapisas, ya que su padre poco se cuidaba de ella, decidió ponerla en práctica por completo.

En Hempstead, su ciudad natal no había casamiento, bautizo ni reunión importante, a la cual no asistiera Florita, requerida por las más empujorotadas familias, quienes se disputaban su asistencia como número sensacional. Era cosa sabida: donde estuviese ella, no podía haber tristeza. Su alegría era una especie de enfermedad contagiosa que invadía a todos

los concurrentes y allá donde languidecía una reunión, marchaban a buscar a la señorita Shayne, más conocida por el nombre de "La Vida de las Fiestas" para que las animara con sus inyecciones de jovialidad.

El día en que nosotros la conocimos, fué precisamente en una de estas reuniones monótonas, reunión que en las efemérides de la vida de Florita debía marcarse con caracteres indelebiles. La señora Duncan, esposa de un fabricante de armas enriquecido durante la guerra ruso-japonesa, celebraba sus bodas de plata. A pesar de los esfuerzos de amabilidad de la dueña de la casa, la fiesta languidecía por momentos.

Que yayan a buscar a Florita en tardar—ordenó la señora, que en la presencia de la joven veía la única salvación posible.

Habían enganchado ya el coche para ir a buscarla, distinción que la señora Duncan prodigaba raras veces, cuando una salva de aplausos anunció a la acongojada mujer que Florita acababa de irrumpir en su salón.

Jaime Masson, énfalo del Narciso mitológico, empujado de sí mismo y por ende tosto de capirote, se adelantó a saludar a la recién llegada, dándole la bienvenida en nombre de todos los reunidos, con frases rimbombantes.

Supongo que este saludo me valdrá el primer baile de la noche, ¿eh?

—Concedido, pero con una condición.

—¡Impóngala! — dijo el Adonis adoptando una postura de histrión de melodrama.

—Que mañana no se mire usted al espejo en todo el día.

Una explosión de risa acogió las últimas palabras de la joven y a partir de aquel momento, comenzó a reinar la más franca alegría.

En uno de los extremos del salón, más molesto que divertido, hallábase un joven de unos veintiocho años, alto y de facciones correctas. Llamábase Roger Baldwin y era el reverso de la medalla de Masson. Excesivamente tímido en presencia de las mujeres y convencido de que no podría gustar a ninguna, sólo se hallaba a gusto cuando estaba en su despacho.

Este joven era vecino de la cercana ciudad de Chester y había concurrido a la fiesta ante las repetidas instancias de Masson, su compañero de colegio.

—Te voy a presentar una muchacha que acaba de bailar conmigo, Roger—le dijo su amigo—. Es la más alegre de la ciudad: la llaman "La Vida de las Fiestas".

—Me parece Jaime, que tú tienes ganas de embromarme esta noche... Ya sabes que yo no soy como tú, galanteador y atrevido.

—Eso no importa, yo te la presento. Verás, es tu ideal...

—Quieto Jaime—exclamó el joven reteniendo a su amigo—no quiero pasar un mal rato. Sin conocerla, me parece que desde el momento en que la llaman así, debe ser bastante vulgar y desagradable.

Por los gestos y las miradas de Masson, comprendió Flora que los dos jóvenes hablaban de ella, así, cuando el presumido bailarín se hubo separado del muchacho, le faltó tiempo a Flora para abordarlo.

—Si no me equivoco, hace dos minutos que hablaba usted de mí con aquel joven tan aburrido—dijo Florita señalando a Roger—. ¿Quién es él?

—Es Roger Baldwin, un amigo mío de Chester, para quien no hay mujer sin un pero; van a tener que hacerle una a su medida.

SEGUNDA PARTE

Corrieron los días, las semanas y los meses. Las amigas de Flora iban casándose, o encontrando novio y ella, la más bonita, la más alegre y la más ele-

gante, no había oído todavía una palabra de amor. En su casa continuaban dándose reuniones, pero nunca llegaba el príncipe de las alas doradas a redimirlo del cautiverio de su soltería.

Jaime Masson, tan estólido como poco caballero, esperaba a que Flora llegase a cansarse de esta soledad. Y este momento llegó. A otro que no hubiera sido Masson, le hubiese sido muy difícil conocer un átomo de tristeza a través de aquella alegría, pero él conocía a Florita lo bastante para poder adivinar las sensaciones que turbaban su alma, y como conocía también que ella lo detestaba cordialmente, sabía que sólo por sorpresa podría conseguir su mano, dentro de la cual iban algunos cientos de miles de pesetas, ya que, su padre, era uno de los fabricantes más ricos de Hempstead.

Cierta noche, al terminar una de aquellas encantadoras reuniones de Flora, se presentó Masson con un auto flamante.

—¿Le gusta mi auto, Florita?

Mucho. ¿Es nuevo verdad?

—Hace dos días que lo he comprado y he querido ofrecerle a usted el honor de ser la primera muchacha que monte en él. ¿Acepta la invitación?

—Aceptada — respondió la joven —. Voy a cambiarme de traje y vuelvo en seguida.

Al quedarse solo, Masson no pudo ocultar su alegría, la primera parte de su plan se realizaba sin ninguna dificultad.

Entre tanto el padre de Flora que había oído la

conversación de los dos jóvenes, penetraba en el cuarto de la muchacha.

—Hija mía — le dijo — no me hace mucha gracia que salgas con Masson, es un tipo que nunca me ha gustado y me parecía que tampoco era muy de tu agrado. Siento mucho que hayas aceptado el ser la primera que suba a su auto; la aceptación de esta deferencia puede dar lugar a que él se crea algo...

—No te cases papá, no daré lugar a que se pueda creer nada, y si se creyera algo, ya me encargaré yo de desengañarle. Si he aceptado su paseo ha sido por disfrutar un poco del fresco de la noche, pero nada más.

Momentos después de esta explicación, el automóvil de Masson se perdía en las sombras.

En un principio Florita no advirtió nada, pero al cabo de poco rato, no dejó de causarle cierta extrañeza que su joven amigo marchase por un camino bien poco frecuentado.

—¿Por qué ha escogido estos lugares para pasear? — preguntó un tanto extrañada —. No veo más que bosque por todas partes.

En aquel instante el auto realizó una extraña maniobra; salió de la carretera para meterse dentro del pinar y el brazo de Masson rodeó el delicado talle de la muchacha.

Aquello era tan inaudito que la joven se creyó víctima de un sueño. Pasado el primer momento de sorpresa la joven se defendió como una fiera. En un abrir y cerrar de ojos, sus afiladas uñas trazaron en el rostro de canalla un sin fin de arabescos.

—¿Es usted un malvado, señor Masson!—exclamó fuera de sí—. ¡Un malvado y un mal caballero!

En aquel momento cruzaron por la mente de la muchacha las palabras de su padre. ¡Si ella le hubiera hecho caso! Pero ya era tarde; había que acep-



Por su carácter alegre y jovial era conocida por el nombre de «La Vida de las Fiestas»

tar el error con todas sus consecuencias y afrontarlo. Por su cabecita alocada, cruzaron en tropel todos los proyectos de evasión imaginables.

Pensó en huir; pero ¡imposible! al cabo de unos cuantos pasos sería alcanzada por el auto. ¿Qué ha-

cerá... Una voz interior pareció animarle: "¡Luchar, luchar hasta la muerte, es un cobardía!" pensó.

Y en efecto, luchó. Dió la vuelta alrededor del vehículo simulando huir del malvado, que seguro de su presa no parecía muy dispuesto a correr tras ella y aprovechando la distracción de éste, cogió una gran piedra.

—¡Lléveme a mi casa, señor Masson!—exclamó en tono conminatorio.

—Imposible Florita... ¡Se ha roto el coche!—contestó él con cinica sonrisa.

Exasperada, enarboló el pesado proyectil e intentó asestar a su seductor un golpe formidable, que éste logró esquivar por un verdadero milagro. Viendo la plancha cometida y la imposibilidad de conseguir lo que se había propuesto, ya que la alegre muchacha tenía del honor un concepto mucho más fuerte de lo que él había supuesto, Masson trató de conquistarla por otro camino.

—Perdóname Florita... usted ha interpretado muy mal mi atrevimiento. Se trata de una broma que dado su carácter no creí nunca que le sentaría tan mal.

—¿Habrá sirvergüenza?—clamó ella iracunda—. ¿Pues no dice que es una broma? ¿Es usted un cobarde! ¡Sí, señor; un cobarde!...

—Mire Flora, yo estoy enamorado de usted. He elegido este paseo solitario para decirle que la adoro y para... pedirle que se casara conmigo.

—¡Basta, no quiero oír novedades! ¡Yo no me ca-

saría con usted aún cuando no hubiera más hombres sobre la tierra!

—Y sin embargo —replicó él ya recobrado su aplomo— es esta la primera proposición de matrimonio que usted ha escuchado en su vida. Hasta la fecha,



Pasado el primer momento de estupor Florita se defendió como una liebre.

ni uno sólo de cuantos concurren a su casa se ha atrevido a dirigirse a usted, con este fin, ni se atreverá.

—¿Cómo? ¿Se atreve usted a insultarme?

No es un insulto Flora... Es una verdad muy

amarga, como todas las verdades... Los hombres quieren por esposa a una mujer formal, no a una muñeca de "jazz" o a un hazmerreir que los ponga constantemente en ridículo.

Las palabras de aquel hombre, en medio de todo, eran verdades como puños, verdades que en el silencio de la noche retumbaban en los oídos de la joven como un furioso anatema venido del más allá en justo castigo a sus locuras. Apoyada en la portezuela del coche, la dulce muñeca que decían no sabía llorar, vertió lágrimas a raudales.

Animado por el buen éxito de su perorata, Masson prosiguió:

— Fíjese usted en sus amigas; todas han encontrado un hombre con quien unir sus destinos. En cambio usted... No quiero pueda pensar que la he traído aquí para abusar de su debilidad, soy más caballero que todo eso. La voy a volver a su casa, pero piense que la amo, que la adoro con toda mi alma y que entre todos cuantos la conocen, soy el único que ha sabido apreciar sus excelentes cualidades.

TERCERA PARTE

La del alba sería (con permiso de don Miguel), cuando Flora, demudado el semblante y rojos sus ojos de tanto llorar, penetró en su casa. En la puerta se hallaba su padre, impaciente por la tardanza de su hija.

El bondadoso anciano, al oír lo sucedido de labios de Flora, juraba y perjuraba vengar el ultraje con la vida del osado.

—No papá—le suplicó por último la muchacha—tú no puedes hacer nada en este asunto. Darías lugar a que todos me señalaran con el dedo y Masson no busca otra cosa. Entonces tendría que ser suya o de nadie.

—¡Pero hija, dejaré yo correr?...

—Lo dejarás, papá. Después de todo, me ha dado una lección que nunca le agradeceré bastante. Me ha dicho que dada mi manera de ser, ningún hombre se atrevería a ligar su suerte conmigo y algo de esto debe de haber, cuando hasta ahora nadie me ha hablado de matrimonio.

—Cierto que no eres muy seria, hija mía. Siempre estás burlándote de alguien y no es menos cierto también que muchos jóvenes se habrían dirigido a ti si no hubiesen temido ser víctimas de tus burlas, pero no debes apurarte por ello. Si tu destino es ser casada, tu compañero vendrá, no lo dudes.

—¿Tú podrías pasar un mes sin mí, papaito?—exclamó la joven, cuyo cerebro acababa de concebir una idea luminosa.

—Si fuese necesario...

—Yo no he estado nunca en Chester y me gustaría hacer una visita a la tía Clara.

—No está mal, pero ya lo pensaremos.

—No señor, no debemos pensar nada. O saigo hoy mismo o no me marcho.

Entre tanto, Masson, de vuelta en su hotel, explicaba a un amigo sus aventuras de aquella noche.

—Nada chico—decía—vengo de una pequeña excursión con una muñeca deliciosa; un verdadero encanto.

—¿Quién es ella? ¿La conozco yo?

—Sí, pero no te diré su nombre por nada del mundo.

—En cambio, no me negarás que es bien cariñosa. Tu cara me lo está diciendo a gritos. ¿Te quiere mucho?

—¡Pach! todavía no, pero con el tiempo...

—Con el tiempo, como llegue a tomarte un verdadero cariño, te veo en el hospital.

Maseon comprendió que estaba haciendo un papel bien poco airoso por cierto y salió en busca del tafetán, más que deprisa.

Aquella misma mañana, la linda Flora, sabia de Hempstead, dispuesta a ensayar un nuevo papel ante un público distinto, y pocas horas después, abrazaba en Chester a su buena y achacosa tia Clara, que no la había vuelto a ver desde niña.

La alegría de la anciana con tan inesperada visita no es para decirlo y pocos días después, a pesar de la resistencia de su sobrina, la buena mujer ya la había presentado a casi todas sus amistades, que no eran pocas, en tan populosa ciudad.

Cabe decir que Flora, había tomado su cambio tan en serio, que por su gusto nunca hubiese salido de su casa. Y más de una vez hizo pensar a su tia que aquella muchacha se asustaba de ver gente.

—Esta noche tienes que ir a una fiesta, hija mía—le dijo cierto día la tia Clara.— Me ha dicho Carola Thomas que cuenta contigo sin falta.

Habíase hecho el firme propósito de no asistir a ninguna reunión, pero ante la insistencia de su tia no tuvo más remedio que acceder.

Carola Thomas era la muchacha más alegre y cas-

quivana de Chester; todo cuanto puede hacer una mujer para conquistar un hombre, había sido hecho por Carola para conquistar a Roger Baldwin y sólo había podido conseguir alejarlo más cada día.

La madre de Roger era una buena mujer, que adoraba a su hijo. Como suele acontecer con todas las madres, para esta señora su hijo no tenía defectos; para ella, la reserva de su Roger era intolerancia; su timidez severidad. Así nada pues tiene de particular que la bondadosa madre mirara al joven dechado de virtudes, con un cariño no exento de respeto.

Sabia Carola que Roger "lamentándolo mucho" no podría asistir a su fiesta y para comprometerlo recurrió al teléfono. Fue la misma señora Baldwin quien recibió el recado que Carola transmitía de parte de su padre para que aquella noche el joven no dejara de asistir a su casa, donde tendrían una interesante conferencia sobre negocios.

Y Roger, sin sospecharlo, cayó en la trampa. Al subir la escalera ya notó un bullicio desusado, que casi le hizo volver grullo, pero como después de haber dado su palabra hubiese sido una descortesía, siguió adelante.

—No sabía que ustedes inviesen fiesta—manifestó algo cortado.— Vengo únicamente porque su padre...

—Ha salido en este mismo instante, pero no tardará en volver. Pase un momento al salón que su pongo no le será desagradable la espera—insistió cariñosa Carola.

En uno de los rincones de la sala, hallábase Flora que por primera vez en su vida mostraba una corteza y un encogimiento que estaba muy lejos de sentir.

—¿De dónde han sacado ustedes esa chica?—preguntó a Carola uno de los invitados—. Si no fuera porque dice "sí" y "no", diríase que es una momia.

Sabido es que en las reuniones familiares uno de los entretenimientos más dulces, consiste en poner en ridículo al prójimo. El mismo invitado que había notado el encogimiento de Flora se acercó a Carola diciéndole con aire malicioso:

—Una campana sola no toca nunca a muerto, doblan a pares... ¿No le parece que esa forastera y Baldwin harían un dúo muy regocijante? Con su permiso los voy a poner un momento juntos.

Y así fué como se conocieron Roger y Flora. En contra de lo que el travieso invitado había supuesto los dos jóvenes comenzaron bien pronto una dulce plática.

—Usted no es de aquí, ¿verdad señorita?

—No señor, soy de Hempstead y estoy pasando una temporada con mi tía Clara Shayne.

—Muy amiga de mi madre por cierto. Si a usted no le molesta que le hable así—prosiguió Roger animado por aquella coincidencia—le diré que me complace mucho haber hallado una muchacha con dignidad y circunspección. ¿Es usted tan diferente a todas estas?...

Florita que desde el primer instante había reco-

nocido a su interlocutor, se guardó muy bien de soltar la risa que pugaba por salir de su garganta y siguió interpretando su papel de ingenua.

—Estoy pensando—dijo Roger al cabo de un rato—que todo este bullicio debe ser para usted terriblemente enojoso. Si quiere volver a su casa, tendré mucho gusto en acompañarla; a mí las fiestas me cargan...

Y con gran desesperación de Carola, que había ido viendo como Roger iba exaltándose por grados, los dos jóvenes abandonaron la fiesta. La mosquita muerta, la momia, había conseguido en unos minutos lo que ella no había sabido lograr en varios meses de veladas instrucciones.

El camino que les conducía a casa de la tía Clara pareció continuo a los dos enamorados. En el silencio de la noche, por las calles desiertas, las frases más triviales adquirían una fuerza emotiva que llegaba hasta lo más hondo del alma. Roger, tan reservado de ordinario, plantado ante la puerta de su amada, no encontraba el momento de marchar; siempre venía a sus labios un suceso nuevo, una nueva idea que le retarda muy a gusto suyo. Y es que por más vueltas que daba a su imaginación, no hallaba la manera de decir que tendría mucho gusto en volver a visitar a la adorable muchacha.

—Si usted me lo permitiera—se atrevió por fin—dada la amistad existente entre nuestras dos familias yo vendría alguna vez a visitarla...

—Me alegraré muchísimo.

CUARTA PARTE

Aquel "hasta la vista", pronunciado con un acento tan halagador que parecía envolver una promesa y las frases amables que Flora había dicho para él, llenaron de gozo el alma de Roger. Antes de volver a su casa, aun vagó un buen rato al azar, recreándose con sus pensamientos. Tenía la impresión de la luna, que de cuando en cuando rasgaba los vellones de nubes, le sonreía con aire bonachón, como si participara también de su felicidad; las estrellas brillaban más y ¡oh milagro de la ilusión! hasta los faroles de gas, cuya luz mortecina sólo servía para que los transeúntes se dieran cuenta de que

camuflaban entre tinieblas, le parecían tocos potentísimos, dignos de competir en luminosidad con el astro rey.

Aquella noche Roger durmió agitado, se despertó temprano y toda la mañana estuvo consultando su reloj de bolsillo, que, el maldito, no parecía querer andar, o por lo menos, no lo hacía con la celeridad que hubiese querido su dueño.

Al atardecer fué a visitar a Flora, y fué al día siguiente y al otro... Daba la *casualidad* de que todos los días a aquellas horas tenía algún negocio por allí cerca y ¡claro! aprovechando la oportunidad...

Fué al cuarto o quinto día. La declaración le salió sin que el mismo se diera cuenta. Le bastó para ello abrir los labios y dejar que éstos pronunciaran fuerte lo que constantemente estaba murmurando su corazón.

Voy a confesarle una cosa, Flora: es usted la única muchacha que no me da miedo...

—En cambio yo a usted le tengo un pánico horroso—repuso ella.

—No puedo sufrir ese nuevo tipo de mujer que hace gala de descoco y baila el charleston... Sin duda amo a usted porque es diferente a las demás.

Ella se puso roja como una amapola; él hubiese querido recoger con la mano las palabras cuyo eco todavía parecía flotar en el aire, pero ya no había remedio... Y como no había remedio, una vez repleto de su momentánea turbación prosiguió:

—De no haber conocido a usted, Flora, creo que

no hubiera pensado jamás en casarme. ¡Es tan difícil encontrar una mujer con sus cualidades!... ¡Como yo la desco!...

Florita creyó enloquecer de alegría. Recclinó en el hombro de Roger su cubecita, cuyos rubios cabellos,



¿Broma llama usted a esto? ¡Es usted un cobarde, Masson!

heridos de frente por los últimos rayos del sol hacían el efecto de un águila de oro, y hubo un momento en que sus labios, rojos cual una cereza, contrajeron sus comisuras, se alargaron haciendo su boquita aún más pequeña y Roger, ¡claro! como no le

disgustaban las cerezas, se sintió goloso y aplicó los suyos en la colorada fruta que parecía contener dentro de sí toda la dulzura del néctar de los dioses.

En aquel instante llegó la tía Clara. Un ¡ay! abogado, lanzado por Florita, hizo que Roger volviera presuroso la cara. ¡Abrete tierra!

—¿Qué significa esto?— exclamó la señora en el colmo de la indignación.

—Es que... es que estamos prometidos— murmuró la muchacha, encarnada hasta las orejas.

Pues podíais habérmelo dicho, hijos míos—replicó la tía, ya de mejor talante.

—¡Pero si nos acabamos de prometer ahora mismo!—repuso Florita—cada vez más confusa.

La tía Clara dio media vuelta y no dijo nada más. Después de todo, Roger era un gran partido, pero en su fuero interno no dejó de reconocer que aquello era correr demasiado. "En sus tiempos no pasaba eso".

La señora Baldwin, al conocer a Florita, días después, quedó encantada de la discreción de la muchacha y no cesaba un momento de felicitar a su hijo por su acertada elección. Los planes de matrimonio adelantaban a pasos agigantados.

La madre de Roger andaba atareadísima, preparando una soberbia fiesta, a la cual pensaba invitar a todas sus amistades para anunciar el próximo enlace de su hijo.

Por aquellos días llegó a Chester un sujeto que ya conocemos y que tan pronto se hallaba en Ches-

ter como en Hempstead. El individuo en cuestión era Jaime Masson, íntimo amigo de Carola Thomas. Por ésta supo el adonisíaco sujeto que Florita se hallaba en relaciones con Roger.

Todavía guardaba Masson en su memoria el recuerdo del desprecio que Florita le hiciera días antes, y despedido le contó a Carola lo sucedido, dándole, además toda clase de detalles sobre la vida y milagros de la muchacha, que en su ciudad natal era conocida con el nombre de "La Vida de las Fiestas".

Según eso, esta joven está interpretando una farsa para conquistar a...

—A su adorado tormento, Carola, no lo dude—repuso Masson satisfecho.

—No es usted un buen amigo de Baldwin si no le cuenta todo lo que acaba de decirme.

—¡Carola, por Dios, no me meta en un compromiso! Usted sabe de lo que es capaz un hombre enamorado?

—Entonces, si no lo hace usted lo haré yo y además me dará lugar a pensar que todo ello no es más que una calumnia.

Las amenazas de Carola hicieron su efecto y Masson se decidió a obedecer, pero como todos los cobardes, antes que afrontar a Baldwin cara a cara, prefirió desviarse del camino recto y seguir los tortuosos de la intriga con la esperanza de obtener mejores resultados. Fué a visitar a Flora y comenzó por desmerecer a Roger ante los ojos de la joven. Por otra parte, firmó en la idea de alcanzar su mano

un día u otro ansiosa enenistarla con el amigo que venía a relatarle lo que Masson consideraba su tranquilidad en el porvenir.

—¿Pero es cierto lo que me han dicho, Flora? No acierto a comprender como una muchacha de su temperamento, se ha dejado emboscar por un hombre como Roger que parece el representante de una funeraria.

—Ha cambiado mucho, señor Masson.

—Por otra parte, tampoco me explico como él... La primera vez que la vió a usted en Hempstead, dijo que le parecía "vulgar y desagradable".

—Entonces es que también él ha cambiado; por lo visto hemos cambiado los dos—contestó con sorna la muchacha.

Pero Masson no estaba dispuesto a perder la partida.

—¿Qué cree usted que hará Roger—le preguntó—si yo le entrase de cierto paseo en auto que recordamos los dos?

—Darle una severa lección al osado que se atrevió a poner sus manos sobre mí; no le queda duda.

Excusado es decir que el adonisíaco joven salió de allí como alma que lleva el diablo, pero como no estaba decidido a abandonar la partida se dispuso a jugar la última carta, y al efecto fué a ver a Baldwin. Como le había asegurado Florita éste ni siquiera le dejó acalar, poniéndole por añadidura como no ligar dueñas.

Fra aquí el día de la fiesta de espíritus, y la

casa de Baldwin, parecía un cuartel general. La madre del joven, erigida en general en jefe, daba órdenes a los criados y no tenía un momento de reposo. Las invitaciones, el "lunch", el arreglo de las salas, los números de la fiesta... No había detalle que no estuviera controlado por la buena mujer, que del éxito de la recepción había hecho cuestión de vida o muerte.

Llegó por fin la gran noche. La señora Baldwin, todavía hermosa, a pesar de sus años, lucía una "toilette" espléndida; estaba realmente guapa. Una intensa palidez cubría su rostro, reflejando la ansiedad que en aquellos momentos la embargaba.

—Estás realmente encantadora, mamá; nunca te había visto tan guapa.

La buena señora acogió el elogio con una sonrisa.

—Hijo mío—replicó—si la reunión no resulta un éxito tu madre recibirá un disgusto horrible... No quiero ni pensarlo.

QUINTA PARTE

Poco a poco fueron llegando los invitados. El salón de la casa presentaba un aspecto como nunca pudo soñar la señora Baldwin. A poco que le acompañara

la suerte, a poco que se animaran los invitados, entre los cuales se contaba lo más florido de la ciudad, su casa figuraría al día siguientes en las notas de sociedad con letras grandes y las gentes se habrían lenguas de la pericia y tacto de los anfitriones.

Era la primera fiesta, la única que había organizado en su larga vida. Nada, pues, tenía de particular que pudiese en aquel acto todas sus ilusiones. Tras los consabidos saludos y presentaciones, tras las frases de gracias agradeciendo la invitación, los asistentes fueron pasando al salón, husmeándolo todo, al mismo tiempo que penetraban, y una vez dentro, comenzaron a tomar posiciones estratégicas, a formar corrillos de íntimos, donde cada cofradía criticaba piadosamente a la que tenía más cerca.

—No puedo explicarme—decía Carola a Masson—como Roger no ha dado crédito a sus palabras. Se necesita ser todo lo idiota que es él para enamorar-se de semejante criatura; porque como bonita no me negará usted que no tiene que agradecer nada a sus padres.

—Tanto como eso le diré...

—No me diga nada de ella que no me interesa, dígame más bien lo que le contestó Roger cuando le fué usted con la noticia.

—Lo que me dijo Roger, señorita Carola, no se lo puedo yo decir a usted ni a ninguna que lleve falda. Díga usted que se lo perdono en aras de la buena amistad que siempre nos ha unido. No vale la pena de que por un incidente así...

—¡Le voyan a estropear a usted el físico, ja, ja, ja...—

Y la simpática Carola prorrumpió en una risita nerviosa que a primera vista parecía ser alegre.

—Permítame prosiguió—que no crea que usted



Voy a confesarle una cosa, es usted la única muchacha que no me da miedo.

le haya dicho todo, absolutamente todo.

—Puede estar segura de que le he dado una audición completa, de que no me he dejado nada en el tintero.

El rumor de los corrillos cesó tan pronto como

vinieron las primeras atracciones. Primero fueron unos versos dulzones y empalagosos, declamados por un Romeo calvo y con bigote, contemporáneo de la señora de la casa, que llenaron de aburrimiento al auditorio. Vino, en segundo lugar, la música, que tampoco despertó la admiración de los concurrentes, y tras esto, el indispensable número de canto, que constituyó un verdadero fracaso. Únicamente la balarina de danzas clásicas logró conmover un tanto a la concurrencia masculina, más que por su arte, por la ligereza de su vestido.

Es el caso que los invitados se aburrían a caño libre y que la señora Baldwin estaba pasando los momentos más amargos de su vida. Florita la veía sufrir y sufría doblemente, porque ella sola hubiese dado más vida a la reunión que todos los músicos y artistas juntos.

En la mente de la muchacha se libraba un terrible combate ¿qué hacer? Si se destapaba tal cual era, perdería la estimación de Roger, que si la amaba era precisamente por su seriedad. Si dejaba correr las cosas tal cual se iban desarrollando, pudiendo no obstante arreglarlas, la señora Baldwin tendría un desencanto horroroso. El interrogante, surgía ante ella sin cesar, como un espíritu pavoroso.

La señora Baldwin, toda atribulada, se acercó a Flora.

—¡Esto es horrible, hija mía! ¿No te parece que debíamos mandar servir la cena? Así se animarían algo.

—¡Pero si es tan temprano!—exclamó la joven—. No se apure, que yo lo arreglaré todo.

Y al decir esto, los ojos de Flora parecieron iluminarse con el brillo de una firme resolución.

—¡Señoras y señores!—gritó la joven subiendo al estrado que hacía las veces de escenario—. Han visto ustedes la primera parte del programa, falta ver la segunda, de la cual vamos a encargarnos en primer lugar el señor Masson y yo jugando a la "gallina ciega".

Al oír a la muchacha Jaime casi se puso a temblar. Y en verdad que no le faltaba razón para ello. El ridículo que le preparaba era de los más espantosos. Después de andar un rato persiguiéndose con el consiguiente regocijo de los invitados. Florita propuso a su perseguidor que cogiera un dulce a ciegas, dulce que le daría con una cucharilla, y desde luego, llevando ella los ojos sin vender. Masson, ¡qué remedio!, aceptó y Florita se presentó con un plato de natilla.

Renunciamos a describir como le puso el bigote y la hilaridad que semejante travesura produjo a los invitados. La venganza de Florita no podía ser más completa: Masson, el conocido "pollo pera" de la ciudad, había servido de hazmeríe a lo más selecto de la buena sociedad.

A esta travesura, la primera de la serie, siguieron otra y otras, y Florita, en Chester, como antes en Hempstead, fue la heroína de la noche. Bien es verdad que mientras la risa iba por fuera las lágrimas rondaban por dentro. El aspecto de Roger, desde

que comenzó el bullicio, no era nada tranquilizador, y bien se veía que su frente iba poco a poco surcándose de profundas arrugas.

—Hemos pasado una noche deliciosa—decían los invitados al marchar—esperamos que estas reuniones se repetirán, señora Baldwin.

No hay para qué decir que la dueña de la casa no cabía en sí de satisfacción.

Carola, que ya había visto la tristeza de Roger, tuvo al marcharse una frase mordaz.

Ethorahuená, amigo mío—le dijo con una esposa tan pacífica, tan moderada, y sobre todo, tan... discreta, espero que será usted muy feliz.

Era lo único que a Roger le faltaba. Estaba a punto de estallar, pero Flora no le dio tiempo.

—La muchacha que has visto esta noche—dijo ella adelantándose con los ojos preñados de lágrimas—es la verdadera Flora Shayne... Desde un principio te he venido engañando. En Hempstead me llaman "La vida de las Fiestas", y tu mismo le dijiste en cierta ocasión a Masson que debía ser "vulgar y desagradable".

—Creo que no podríamos comprendernos, Flora respondió él visiblemente emocionado.

Me había propuesto ser—continuó ella—esa clase de muchacha que es tu ideal; pero no he podido violentar mi temperamento por más tiempo. Ahora me ocultas, ya lo sé.

Y al decir esto último, prorumpió en un mar de llanto. Roger hizo ademán de retirarse para ocultar sus lágrimas. Su madre, que había llegado a tiempo

para oír toda la conversación de los enamorados, detuvo al joven.

—Pero, hijo mío, ¿estás ciego? ¿Es posible que no hayas visto que si Florita ha hecho todas esas locuras ha sido por divertir a nuestros invitados; por no verme sufrir a mí de la manera que sufría? ¡Qué poco conoces el tesoro que te llevas!...

Y era verdad; el brazo de rosas y nácar de Florita, había temblado más de una vez al mirar a la señora Baldwin en el curso de aquella noche. Entonces comprendió Roger la razón de aquellos estremecimientos; las palabras de su madre le hicieron caer la estúpida venda de ceguera que obstruía su entendimiento.

—¡Perdóname, Florita—le dijo—hasta ahora no había sabido comprenderte! ¡Te amo con toda mi alma!

—¿Estás seguro de que me amas tal cual soy?

—Antes te amaba... Desde que sé como eres, tan noble, tan franca, te idolatro. Me has enseñado a querer y además... además me has enseñado algo más importante.

Los ojos de Florita se fijaron intensamente en los de su amado.

De hoy en adelante—concluyó Roger—ya no seré un viejo joven. Me has enseñado que una persona sin alegría, siempre triste, siempre seria, es un cadáver que anda. Desde ahora comenzaré, *comenzaremos* a vivir.

FIN

FIGURINES DE MODAS



Los más elegantes, los más prácticos, los preferidos por el público de buen gusto, son los siguientes

PRECIO	TÍTULO	Frecuencia de Publicación
20'—	Album de bal	Noviembre
2'—	La lingerie parisienne	"
1'00	Lingerie et broderie	"
2'—	Album travestis	Diciembre
2'—	Robes lingerie et robes brodées	Año
2'—	Blouses artistiques	Trimestral
22'—	Grandes créations	"
2'—	Les chapeaux modernes	"
1'50	Weldon's catalogue	"
1'50	Weldon's ladies journal	Mensual
1'50	Weldon's children	"
3'50	La mode de Paris	Marzo y Septiembre
4'00	Elite	"
3'50	Maneaux et costumes de promenade	"
3'50	Modes d'enfants	"
1'00	Ultima elegancia	Mensual
3'50	L'ideal parisien	"
4'—	Paris chic	"
4'—	Le chic	"
4'50	Le grand chic	"
4'—	Tres chic	4. veces año y más
2'—	New ladies fashions	5 veces al año
2'—	La mode qui vendra	16 veces al año

Estos títulos no necesitan encomio; figuran a la cabeza de sus similares y su difusión es inmensa entre la verdadera elegancia del mundo entero.

Descuentos convencionales a los señores correspondientes y libreros.

Pedidos acompañando su importe a Publicaciones Mundial, Barará, 15. Apartado 925—Barcelona